

CLANDESTINO FORTUITO AUNQUE AFORTUNADO

El viaje es algo que, cuando se te ha metido en la cabeza, no puedes hacer nada, ni resistirte a él. Comenzarás a buscar soluciones, a recopilar dinero. Además, no puedes olvidarte de aquel que ha hecho todo por ti cuando eras pequeño y abandonarle cuando eres mayor, debes hacer todo lo posible por complacerle. Lo que empuja a mucha gente a ser clandestinos es satisfacer las necesidades de la familia. Tu padre, anciano, no puede hacer nada, la mamá tampoco. Los niños son pequeños y tú eres el de más edad de la familia, el hijo mayor. Trabajas, pero lo que ganas no puede satisfacer a toda la familia. Cada día que comienza te ves obligado a mantener los ojos bien abiertos sin poder hacer nada. Es hora de ir a buscar más allá, buscar un refugio para conseguir una vida mejor que la de antes. Has nacido en un barrio, crecido en él, trabajado incluso si el salario no era bueno. Uno de tus amigos se ha ido al extranjero, ha estado dos o tres años y a su vuelta hace cosas que no podía hacer cuando vivía allí: construir una casa de varios pisos, coche, etc. Tú, que te has quedado en el país, no puedes hacerlo. Puedes empezar a trabajar desde los 18 años hasta morir y no podrás tener un terreno. El joven que viene del “cawe”, de Europa, es el rey, puede entrar donde quiera. Si además vive en tu misma casa, es el favorito. Te sientes obligado a hacer algo, salir, hacer como él. Te ves obligado a ser un clandestino fortuito aunque afortunado. Durante tres años me he estado preparando para que mañana y los años a venir pueda solucionar mis problemas sin que me lo hagan desde fuera y satisfacer las necesidades de mi familia.

Esto es lo que me ha obligado a salir de mi país de origen para buscar fuera una vida mejor en el extranjero, y descubrir un mundo diferente de nuestra realidad. Mi primera salida fue en 2005, destino Marruecos. Pasé allí 10 meses de sufrimiento. 10 meses de sufrimiento que ni siquiera ahora puedo explicarme. Fue duro, aunque a veces me digo que el camino hacia la felicidad siempre será difícil. Llegué a Rabat el 6 de enero de 2005. Llegué confiando en cruzar el mar para venir a España. El primer combate. Pensaba que sería fácil, pero fue otra cosa. En Marruecos no duermes tranquilo, pensando siempre en la policía y los transeúntes que agreden a la gente que está de paso. El camino es tan largo que ni me lo creía. Vivíamos en un barrio de Rabat que se llama Takkadoum.

Allí es sed y hambre, solo para satisfacer las necesidades de la familia y las tuyas propias. Había días, si había redadas, que salíamos de la ciudad para refugiarnos lejos, a las montañas cerca de 30 kilómetros. Vivíamos en un apartamento de dos habitaciones para 30 personas. Dormíamos en una esterilla. La comida no era buena.

Recuerdo el día que dejé Rabat para ir a El Aaiun. Fue un día que no podré olvidar. Éramos en total 34 personas, y las dificultades con las que nos topamos no las he vivido en mi vida. Nos metieron a todos en coches 4x4 de 6 plazas, sobrecargándolos con hasta 16 personas. No puedes ni moverte, ni levantar los brazos. Parecía como si nos hubieran apaleado con una porra. Todo esto me ha hecho saber vivir y acercarme a otras personas, pero esta historia se la contaré un día a mis hijos. Aquel día me dije que había llegado el fin del mundo, lo que sufrí allí no lo he sufrido en ningún otro sitio, ni siquiera en mi país. Durante el trayecto nuestro coche chocó con un tractor que había al lado de la carretera. Nuestro chofer huyó despavorido. Era de noche, sobre las once o las doce. Había dos heridos graves. Uno tenía una fractura en la cadera. El otro tenía problemas en la espalda y no podía caminar. Nos dispersamos en un pequeño bosque en medio del desierto. La policía nos buscó durante 3 días, el tercero nos descubrió con el helicóptero. Nos llevaron a la frontera entre Argelia y Marruecos, a Oujda, para repatriarnos en Argelia. Los argelinos a su vez nos expulsaron a territorio marroquí con kalachnikovs. Nos dijeron que volviéramos por donde habíamos venido. Nos quedamos en la frontera hasta por la noche con miedo, porque en Marruecos hay muchas agresiones, nosotros éramos pocos y había heridos en el grupo. En estas circunstancias, y gracias a Dios, no nos encontramos ningún agresor. Estuvimos allí 4 días, después emprendimos la marcha de vuelta a Rabat. Era muy duro caminar así, había gente que tenía los pies destrozados y no podía andar. Cuando pasábamos por un pueblo, las buenas gentes nos daban de comer y beber. Después continuábamos caminando. Estuvimos así 10 días. Era designio divino.

Después de todo esto, en julio de 2005, se repite la misma escena. Los ataques en las vallas de Ceuta y Melilla dejan muchos heridos e incluso muertos. Fue catastrófico. Yo estaba en otra parte, pero estábamos en un mismo campamento en Mekhnes, no lejos de Agadir, con la gente que había

intentado pasar la valla. Más de dos mil personas en el campo de refugiados, de muchas nacionalidades diferentes. Era realmente desastroso, parecía el fin del mundo. Cuando los guardas de la costa nos interceptaron en el mar, éramos 52 personas tratando de atravesar el gigantesco océano Atlántico con una pequeña embarcación nada segura. Realmente duro el camino del clandestino, pero todo es por conseguir satisfacer las necesidades de la familia. Recuerdo un día del mes de octubre de 2005 en la prisión de El Aaiun. Me desperté con un dolor de vientre, parecía que era el fin del mundo. El guardia de la prisión llamó a una ambulancia para llevarme al hospital. Cuando llegué allí me pusieron dos inyecciones y luego de llevaron de vuelta a la prisión.

Estábamos a casi una semana del día de la repatriación general. Nos llevaron a la última región, Dakhla, que hace frontera con Mauritania, en medio del desierto. Gracias a Dios, nuestro consulado en Marruecos habló con las autoridades marroquíes para que aceptaran repatriarnos a Senegal en avión. Después de tanto sufrimiento y paciencia para pasar 10 meses esperando y diciendo cada día que el siguiente sería mejor, nuestro sueño de ir a Marruecos para pasar a España no se había cumplido. Dios hizo lo que era mejor para nosotros. Muchos de nuestros compañeros han muerto en el mar con sus embarcaciones, otros han muerto de enfermedad. Amigos que han comido del mismo bol de arroz que nosotros, con los que hemos compartido las mismas ideas. Es triste, es duro, todo esto es para llegar, no para hacer mal a nadie, robar o coger las cosas de otros.

El 15 de octubre de 2005 llegué a Senegal, a las 5 de la tarde, al aeropuerto Léopold Sédar Senghor. Cuando llegamos nos hicieron vacunarnos. Después del recuento de nombres nos dieron 10.000 a cada uno para el billete para volver a casa. Llegué a las 10. Después de eso a comenzar de cero, buscar dinero, durante un año. El mismo día del mismo mes, el 15 de octubre de 2006, me fui de casa en busca de una vida mejor. Oía a los ancianos que decía, el camino a la felicidad siempre es difícil, pero si crees en ello vas a pasar. Estuvimos 9 días en el mar, tan largo, tan difícil, pero qué se le va a hacer, es la única solución que tenemos, es designio divino. Los visados, sólo puedes conseguirlos si eres rico, si trabajas en la administración, o eres hijo o pariente de alguien que trabaja allí. Si no tienes para comer más que lo que llevas encima, no podrás conseguirlo. Así que

estás obligado a la emigración, a salir de tu país natal para buscar lejos una forma de sobrevivir, como dicen los españoles, una vida tranquila mejor que la anterior.

Llegamos a Tenerife un sábado 28 de octubre. La intercepción del barco de la Cruz Roja nos salvó la vida. Llegamos a la costa sobre las 8 de la tarde. La Cruz Roja estaba allí, los periodistas, todo el mundo estaba allí. Fue un día fantástico para mí. Un día en mi vida que no olvidaré jamás. Un sueño hecho realidad. Tanto sufrimiento, tanta hambre, no dormir bien, no poder vestirse bien... te vuelves loco. Las autoridades españolas nos acogieron bien, con tanta ternura, tanta amistad y buena voluntad. No lo podré pagar. Salvar una vida, no puedes hacerte una idea de lo que Dios ha hecho por el otro. Sólo Dios puede pagarlo. Cada día, cada minuto que pasa, mi espíritu y mi deseo piden a Dios que les dé larga vida. Porque nuestro último día, antes de que la Cruz Roja nos interceptara, aquella noche fue desastrosa. Nos vimos obligados a parar la embarcación hasta las 10 de la mañana porque la marea estaba alta. Comenzamos a arrancar el motor y uno de ellos no funcionaba.

Las autoridades, la policía, nos llevaron a un lugar e hicieron un recuento, de dónde venía cada persona, nombres, edad. Me pareció simpático, estaba bien organizado. Dormimos allí, nos tomaron muestras de sangre. Dormimos allí hasta el martes, pasamos por el Tribunal donde nos interrogaron... Me parece bien, porque si no conoces una persona, es razonable preguntarle de dónde viene. Después nos llevaron a un campo de internamiento cerca del aeropuerto y del campo militar. Estuvimos 38 días esperando. Después nos llevaron a Madrid. Cada persona decidía dónde iba. Yo decidí venir a Zaragoza. Había oído a gente en mi país hablar de Zaragoza. Así que bien aquí para ganarme la vida. Mi sueño era venir a Europa y pensaba que la vida aquí sería más fácil, pero ha sido todo lo contrario. Si estás aquí y no tienes papeles no puedes trabajar. Está el problema del empadronamiento también, si no lo tienes desde hace tres años no puedes conseguir los papeles, es muy difícil.

Con todo esto, me adherí a una asociación de nombre Red de Sin Papeles. Me han hecho aprender muchas cosas, dónde puedes ir, saber cosas de derecho, que puedes pedir ayuda a asociaciones

como Caritas, dónde ir a comer, a lavar... he encontrado a gente muy simpática, nos reímos, salimos a la calle para conocer gente. En cualquier país hay que conocer bien a sus gentes, adherirte a sus vidas, intercambiar ideas con gente de diferentes culturas. Eso me ha permitido saber muchas cosas de diferentes culturas y ha estado bien. Me ha hecho despertarme y abrirme a los otros.

Lo que me pesa es no ver a mi padre, a mi familia, mis amigos. Mi padre tiene más de 80 años, mis amigos están allá. Hay algunos que se han casado, yo sigo soltero. Mis hermanos pequeños estudian, yo tengo que pagarles los estudios. Si no trabajo van a tener que dejar sus estudios y ser migrantes como yo, cosa que no les deseo. Me gustaría que por lo que he pasado yo no tengan que pasar ellos, porque ha sido verdaderamente difícil para mí.

No puede hablar de Zaragoza sin hablar de España, porque el país en el que estás es el que ha hecho todo por ti. Aquí hay libertad, aunque a veces puedas tener un poco de miedo a que te coja la policía, pero lo demás va bien. Deseo que el presidente pueda cambiar la ley, porque todos somos iguales, queremos la libertad total de circulación, y respetar y hacer tú mismo respetar lo que la ley ha decidido. Me gustaría que el mundo esté unido y que Zaragoza sea una ciudad más agradable, bonita y próspera, así como el resto de España.

Hay tantas cosas que contar, pero el tiempo no lo permite. Desearía que el presidente nos diera papeles a todos. Gracias por vuestra comprensión.